

YO
Y EL PLAGIARIO CLARÍN

I.

PERSONALIDADES.

Á Clarín.

En la Cueva de Covadonga.

EGREGIO :

Ante todo SEÑOR!... No hay para qué hablar de las injurias que pretende usted inferirme en su folleto. Por Novo y Colson, como si no las hubiera escrito usted....

Habla usted de los que « tienen por enfermedad el prurito literario, y que, creyendo imitar lo que ni siquiera son capaces de comprender, insultan y calumnian y llaman á eso sátira y crítica ; y confundiendo lastimosamente las especies, censuran al escritor,

no por sus literaturas, sino por vicios, pecados y hasta delitos reales ó supuestos, pero siempre extraños á la materia artística »; y á seguida incurre usted en el feo vicio que censura. No vale que presume de habilidoso con decir que lo exigen mis literaturas; que á nadie convencerá usted, por mucho que esfuerce el moello, de que las *Las vengadoras*, *Nieves*, *La carne rubia*, *tos inseparables*, *Tric-Trac*, y tantos otros artículos míos, están cosidos al cuello de mi gabán.

Lo que hay es que usted precisaba agarrarse al forro de mis gabanes para dar amenidad á su prosa ramplona, *sicotuda* y pespunteada con recortes de periódico *boulevardier*, ni más ni menos que necesitó meter la nariz en los faldones de D. Antonio para juzgarle en el folleto *Cánovas y su tiempo*.

Fáciles de hacer son, en verdad, las *ocurrencias* (¿?) de usted (¿?) por eso, porque no se fundan en hechos reales, sino en invenciones suyas.

Que llevo levantado el cuello del gabán, aunque haga buen tiempo... Y resulta que, ni cuello levantado, ni tan siquiera gabán, llevo yo en los más de los crudos días de invierno; y eso porque no me da la gana, á veces, y otras, porque no le da la gana al prestamista. (En fin, señores, que con un tipo como este *Clarín*, no se puede tener nada callado.)

Que me río de Castelar; y á usted, ¿qué le importa?

Si que me he reído, en *El Motín*, de Castelar político, porque es una irrisión. Pero de Castelar genio, digan ustedes que no es verdad lo que dice ése. En

su vida le ha elogiado ni le elogiará tanto como este cura. ¿Qué se proponía *Clarín*; malquistarme con D. Emilio? ¿No comprende que Castelar es harto inviolable, como tal genio, para preocuparse de lo que digamos de él? Por mucho que usted le arrastre sus *Alas*, ya sabemos todos con qué fin (un distrito ¿eh?, no hará caso.

Una salvedad ante todo, SEÑOR !...

No crea usted que con el título « Yo y el plagiarío *Clarín* », incurro adrede en grave descortesía. « Yo y mi criado » —decía *Figaro*. — « Por esta vez sacrifico la urbanidad á la verdad. Francamente, si yo no valiera más que mi criado, no me serviría él á mi ». Como usted es uno de los siete sabios de Covadonga, doy por bien averiguado que tiene al dedillo aquella ocurrencia de Larra, y me apresuro á declarar que voy antes que usted, en el título del folleto, porque así lo exige el orden cronológico. Fui yo primero en pegar; y el que da primero, da dos veces...

Yo no sospechaba que había sido su pesadilla durante tantos años, según confiesa paladinamente, ni que tenía la desgracia de inspirarle « una suprema antipatía », ni mucho menos que « me ponía y sigo poniéndome en la boca de su estómago ». ¡Presentimiento !...

Es el caso — y va de historia — que un inglés y un yankee divertían su ocios dándose con la badila en los nudillos. Ocurrió que el inglés puso casa, con muebles ajenos, pero con tantísima prosopopeya, que creyó llegado la sazón de hacer mala sangre al yankee, qu la tenía mitad pus, mitad bilis; y aguijado

por tan piadosa intención, fué enseñándole, pieza por pieza, objeto por objeto, cuanto bueno y rico atesoraba en su envidia. Pero... nada, el yankee... como si tal cosa ante las maravillas que le mostraba su adversario. Aburrido y desesperanzado éste, le llevó maquinalmente al retrete de la casa, y como al abrir la puerta del mismo percibiera el yankee un retrato de Washington, que colgaba en aquel sitio para escarnio del héroe americano, interrumpió al *Cicerone* para decirle con viveza: — Amigo, ¡esta sí que es una pieza *confortable!*...

— ¿Por qué? — preguntó muy sorprendido el inglés.

— Porque en viendo á Washington — respondió el otro — no hay inglés, por duro que sea, que no se sienta flojo...

Claro que, comparado conmigo, está más alto que la torre *Eiffel*, aquél que fué «el primero en la guerra, el primero en la paz, el primero en el amor de sus conciudadanos»; pero, no por chiquito, dejo de ser, y en verdad que lo siento, el causante de esa enfermedad (¡uf!) de estómago (tape, tape) que padece usted, porque me tiene sentado en la boca del mismo.

Dispensando la conversación, que no es la más propia para tenida antes de sentarse á la mesa, dice usted, evocando recuerdos del tiempo viejo, que yo «le escribí una carta muy fina (es que soy muy fino con todo el mundo), invitándole á comer conmigo y con mi tío, que era embajador de una república americana.»

Diré á usted. Es posible que el marqués de Rojas

— ¡cosas de mi tío! — le dispensara el honor de invitarle á comer, no como á tal Sr. Alas, ni como á tal egregio *Clarín*, sino como á uno de tantos periodistas, en su buen deseo de reunir los elementos todos de la prensa madrileña para celebrar un acto de política internacional, que eso fué el banquete, como lo prueba el siguiente artículo que publicó Eusebio Blasco en *El Liberal*:

« EL BANQUETE DE ANOCHE.

»Lo dije y lo repito: el banquete tenía especialísimo carácter. Era el lazo de unión entre Venezuela y España, una vez más demostrado merced á la cariñosa iniciativa del Sr. Rojas, diplomático, literato, periodista, hermano nuestro en las musas, entusiasta admirador de España, que anoche, por los labios de españoles ilustres, respondió á su saludo.

»Un *menú* espléndido servido por Lhardy, sin rival para estos casos: siete platos fuertes, helado exquisito, vinos de primera. La mesa, en forma de herradura, con setenta cubiertos para otros tantos comensales del ilustre anfitrión americano.

»Á la derecha de éste, el Sr. Castelar; á la izquierda el Sr. Cánovas; á uno y otro lado, la representación de todas las manifestaciones de la inteligencia, la cátedra, la tribuna, el libro, el teatro, la crítica, la poesía, la prensa. Junto al venerable Mesonero Romanos, el revolucionario Echegaray; en frente Menén-

dez Pelayo, Isidoro Fernández Flórez; próximos, Alarcón y Sánchez Pérez, Molins y Correa, Cañete y Miguel Moya, Escobar y Labra, Moreno Nieto y Grilo, Bremón y Mencheta, Velarde y Bonafoux, Gutiérrez Abascal y el Dr. Wecker, el Marqués de Cayo el Rey y Teodoro Guerrero; no sé si recordaré tantos nombres: Mellado, Palacio, Diestro, *Asmodeo*, Cárdenas, Millán y Caro, Navarrete (José), Guillaume, Benot, Armas, Valdés, Tauló, Pérez Anguita, Figuera, Gayangos, Ochoa, Ortega Munilla, Bona, Parlés y Mora, Vizcarrondo, Edelman, Güell y Mercader, Romea.... El cónsul de Venezuela en Madrid, Sr. Barrié y Agüero, un banquero y *gentleman* español tan querido de todos, en frente de aquella trinidad de Rojas, Castelar y Cánovas.

» Llega la hora de los brindis; habla primero el Sr. Rojas, que, con elocuente y discretísimo discurso, saluda á todos los literatos españoles en nombre de Venezuela. Sigue un tiroteo de cumplidos entre los Sres. Cánovas y Castelar, sobre cuál ha de hablar primero; piérdese tiempo en esto y el Sr. Alarcón se adelanta apresurándose á contestar al saludo del ilustre venezolano: con esto obliga á los dos oradores citados á nuevos melindres; por fin, el Sr. Cánovas le dice á su amigo: — *Habla tú y procura aguar el vino para que nos guste á todos.*

» Se levanta al fin Castelar y hace uno de sus más bellos discursos, lleno de esa conmevedora poesía que convence á todos. Habla de la patria con tal elocuencia, que subyuga. Le contesta Cánovas con un discurso no menos elocuente, lleno de grandilocuentes

frases que arrancan tantos aplausos como las del primero.

» El Sr. Moreno Nieto, con su proverbial facundia, canta las glorias de América; D. Manuel Cañete, correctísimamente, consagra un recuerdo al gran Bello; lee el Marqués de Molins unos hermosos versos del poeta americano Sánchez Pesquera; sigue el Sr. Escobar con delicadas frases; habla luego otra persona de quien yo no debo acordarme, y habiendo aludido al respetabilísimo Mesonero Romanos, se levanta éste, pareciendo á todos la voz de la generación pasada dirigiéndose á la generación presente. Manifestación cariñosa de todos los concurrentes, en atronadora salva de aplausos, al anciano escritor de nuestras costumbres. Termina los brindis con uno lleno de sentido práctico y de intención política el Sr. Rodríguez Correa, cubano de nacimiento, español en el poder, periodista de toda la vida, á quien todos aplauden como se merecen sus patrióticas frases.

» En resumen: la fiesta de anoche es un verdadero milagro; setenta españoles, unidos en fraternal expansión como representantes de algo que está por cima de las luchas políticas, de las deleznable ambiciones humanas, ó, lo que es lo mismo, el arte, la literatura, la crítica, la elocuencia, la poesía. Hermosa misión realizada por el Sr. Rojas, á quien la España literaria saludó anoche como á hermano querido.

BLASCO. »

En cuanto á que yo invité á usted en una carta muy fina, no lo recuerdo, y *también lo dudo*. No hago

memoria de haberle invitado en mi vida, no digo yo á comer, pero ni tampoco á agua. ¡ Bueno soy yo para dar de comer! Sobre que lo único que puedo dar, y no siempre, son los buenos días.

Pero quiero suponer que estaba loco, y que me había dado la manía por invitar á comer, como á usted por plagiar al Padre Eterno. Y bien : ¿ qué mal habría en ello? ¡ Al diablo no se le ocurre vengarse de un hombre porque no aceptó un cubierto de veinte duros!... ¿ Qué no hubiera hecho si se traga usted los veinte duros del cubierto?

Lo que recuerdo muy bien es que cumplió usted como un caballero — y no vale que quiera graduarse de ordinario — porque fué *personalmente* á dar gracias al anfitrión. Por cierto que allí estaba yo, y á partir de aquel día me dispensó usted durante mucho tiempo El Alto Honor de saludarme en la calle cuando nos tropezábamos por casualidad.

— ¡ Adios, Bonafoux-Quintero! — decía usted quitándose humildemente el sombrero hasta los pies.

Y yo me reía, porque, compadre, ¡ qué feísimo es usted!...

No sé si por reirme, ó porque no le ofrecí un paraguas (véase *Literatura de Bonafoux*), dejó de dispensarme Aquel Alto Honor. Estoy muy flaco desde entonces...

¡ Que mis críticas — dice usted — son una venganza personal! Mire usted : le consiento yo que me llame « literato malicioso y atrevido », « malévolo », « mala fe », *etcétera*, y le consiento también que diga que soy un « escritor maleante que *ando* (¡!)

encendiendo, por los rincones más intransitables de la prensa callejera, pajuelas de azufre (claro que si son *pajuelas*, son de *azufre*) escandaloso y pestilente »; pero lo de vengativo no pasa.

Onit-Seleec, periodista habanero de mucho mérito, tuvo la ocurrencia de decir, en *La Vox de Cuba*, con motivo de mis *Mosquetazos* : « *Athos*, representaba la caballerosidad y la nobleza; *Porthos*, la fuerza bruta; *Aramis*, la astucia y la inteligencia. *Athos* era capaz de olvidar una ofensa; *Porthos*, de perdonarla; *Aramis*, no : el que se la hacía se la pagaba. Pues bien : el *Aramis* de hoy es el *Aramis* de entonces. Los que le han ofendido, tardarán más ó menos tiempo, pero al fin se la pagarán. »

Aquella especie, que era un rasgo de humorismo, seguramente, y nada más que eso, cundió entre los que no me conocen ni me tratan, y por ser usted plagariario, hasta cuando no quiere ni se lo propone, no es el primero ni el segundo de mis enemigos en presentarme al público como una Catalina de Médicis macho; ¡ á mi, que soy todo perdón y olvido!...

En mi alma, señor *Clarín*, no prende el pus del rencor, y si prende, no se encona jamás. Ya verá usted que, cuando menos lo espere, se acuerda de mi por algún beneficio. ¡ Vamos, valor, amigo mío! ¿ Quiere usted — en prueba de que no le tengo inquina — que traiga para la familia un poco de sirop de piña, en alguno de los viajes que hago á América? ¿ Ó prefiere usted, para los niños, la jalea de guayaba?... Pero... ¡ no vaya usted á creer que le ofrezco dulces para ponerles veneno!...

Usted me confunde en eso de las venganzas. ¿Cree usted que soy como aquel *crítico* que elogió en cartas privadas al Sr. Cañete, por alcanzar una colaboración en *La Ilustración Española y Americana*, y luego, porque Cañete no le sirvió, ó no pudo servirle, se desvive por atacarle públicamente?... ¿Ó me confunde usted con aquel otro *crítico* que mortificó malamente á un poeta aragonés, con ocasión de haber publicado éste un tomo de poesías, y que más tarde, habiéndose trasladado á la capital de Aragón, y enterado de que el poeta era una *influencia* en Zaragoza, aplaudió á rabiarse una poesía (de las que contenía el tomo precisamente) leída por su autor en un círculo literario, y cruzó además el salón para saludar personalmente al poeta, que le miró de arriba abajo con el más absoluto y profundo desprecio?...

¡Ah, Sr. *Clarín*! Usted saca consecuencias y venganzas de hechos que no existen, ó que existen sólo en la mollera de usted, y se mete en el vedado de la conciencia con una argumentación que es puramente hipotética; mientras que lo que digo y afirmo yo son hechos reales y susceptibles de prueba por medio de documentos fehacientes que pongo á disposición del público.

Y ya que *supone* usted, sin pruebas ni motivos, que cuajé mis críticas en tan estrecho molde de venganza personal, ¿no me será lícito, á mi vez, suponer, con pruebas y motivos, que la « suprema antipatía » que, según declara usted mismo, sentía por mí, sin razón alguna que la abonara — como no fuese la de que mi señor tío tuvo el atrevimiento de dispensarle

un honor — es originaria de no haber sido yo, en ningún tiempo, alabardero de usted ni voceador de sus obras?

Abro al azar mi libro *Mosquetazos de Aramis*, y hallo las siguientes líneas en la crítica *Le Maître de forges*: « No sé qué dirán, ni me importa, esos *críticos de fama* para quienes son de oro todas las novedades parisienses. Pero digo y repito, aunque se enojen esos señores *tan nombrados... en la calle de la Montera*, que nuestro teatro de ahora vale más que el teatro francés. »

Vuelvo á abrir el tomo, y encuentro estas líneas en la crítica *Las Vengadoras*: « No ha sido flojo el vocerío levantado por algunos *críticos* — revisteros traducidos del francés y muy parecidos á ellos, con la diferencia de que gastan navaja. — Quién excomulga á Sellés en nombre del romanticismo; quién le fustiga en nombre del naturalismo. Seguramente no le quitan el sueño esas opiniones críticas, que no están informadas del buen gusto en punto al arte; — y no lo están, porque dadas las condiciones del siglo, es preciso, para estar á la moda en estética, no estancarse en Madrid, ni tampoco en Getafe (*ó, como si dijéramos, en Oviedo*); es preciso viajar mucho, ver otros horizontes y sentir en el rostro otros ambientes literarios. »

Y apenas tienen cola esos distingos. *Mosquetazos* se publicó en 1885, y ya entonces hacía bastante tiempo — acaso tanto como tiene de fecha la « suprema antipatía » de *Clarín* — que se publicaron esas críticas en el periódico *El Español*.

¿Y no podré suponer también que esa « suprema antipatía » creció como la espuma, porque el ingenioso escritor Francisco Durante se expresó en estos términos, hablando de mi libro, en *El Pensamiento Español* de la Habana : « *Clarín*, el eminente crítico asturiano, no tiene las peregrinas agudezas de *Aramis*, y con esto está dicho todo. El humorismo de Bonafoux es más espontáneo que el humorismo de Alas. El desenfado de *Mosquetazos de Aramis* es superior al desenfado de *Sermón perdido*. »

PUNTO Y APARTE.

« Una tarde, en la *última primavera* — decía usted — se me presentó en mi rincón de Asturias un joven escritor americano, el Sr. Barreal, el cual me traía de parte de Bonafoux un libro, que conservo, titulado *Mosquetazos de Aramis*, con una dedicatorio de *manu auctor*, la cual decía : Al autor de *La Regenta*. En prueba de simpatía, *Aramis*. »

En primer lugar, el Sr. Barreal no es escritor americano. De Oviedo es : allí nació, y fué accidentalmente á América habiendo tenido ocasión de tratarme en la Habana, y estuve allí á su lado en trances muy duros para él, é intervine más tarde, desde Madrid, en un penosísimo incidente que tuvo con mi discreto amigo el comerciante de aquella plaza señor Serrano Gómez, del cual conservo todas las cartas y documentos que se sirvió remitirme con tal motivo...

En segundo lugar, mal pudo el Sr. Barreal entregar á usted libros míos, ni nada, en la *última primavera*, estando como estaba entonces en Manila, sirviendo en el ejército ; — cosa fácil de ser comprobada en el Ministerio de la Guerra.

En el verano del 86 fué el Sr. Barreal á Oviedo, de paso para embarcarse con rumbo hacia allá, quiero decir, hacia Filipinas, y desde Asturias me escribía diariamente la relación de su vida...

En una de dichas cartas hay un párrafo referente á usted. Por cierto que me chocó en Barreal, porque ya sabe él del desprecio que tengo por la mayoría de las gentes, y que soy poco propenso á adquirir amigos, convencido como me hallo de que me sobran mucho más de la mitad de los que tengo, con ser tan pocos. Concluía el Sr. Barreal preguntándome si había enviado á usted mis libros, *Ultramarinos* y *Mosquetazos*, á raíz de su publicación ; y contesté la verdad, que sí los remití á usted, como á todos los periodistas en activo servicio.

Á los pocos días vino otra carta del Sr. Barreal, y como la conservo, al igual de todas las que he recibido en el curso de mi vida (porque soy una urraca para mi casa), ofrezco públicamente remitirla á Madrid ; y puesto que tiene usted amigos, Cavia, Palacio Valdés, Menéndez Pelayo, Pérez Galdós, Sánchez Pérez y otros, que me honran también con su amistad, ruéguelos que cotejen con alguna carta que tenga usted de Barreal, ó que le pida ahora, la letra y firma de dicho señor.

Todo esto es atroz, ya lo sé ; pero, como usted

tiene tanto de chismoso como poco de crítico, ha querido exhibir trapos, creyendo que me asusta, sin saber que yo voy á todas partes y que, aun á riesgo de faltar al público, soy muy capaz de sacar á usted y á los suyos á la vergüenza pública, en la Puerta del Sol.

Ahora bien : el párrafo de la carta en cuestión, escrita el cinco de Junio de mil ochocientos ochenta y seis, dice así, textualmente :

« Estuve hablando con Clarín cerca de una hora. Tiene las mejores noticias de usted y me dijo que no había recibido ninguno de sus dos libros, *pues de ser así, le hubiera contestado inmediatamente*. Entonces yo le ofrecí el que usted me dió y declaró que no lo aceptaba, porque en vista de lo que yo le había dicho pensaba *escribir á usted dándole las gracias y manifestándole lo mismo que yo digo*. Por de pronto *me recomienda haga presentes á usted sus recuerdos*, pues él cree — así dijo — que le ha conocido en compañía de un diplomático, su tío quizás, que en cierta ocasión le invitó á un banquete ó comida. ¿Usted recuerda algo? — Y no acepto el libro — me dijo — porque usted no tendrá nada más que ese ejemplar, y además, porque YO QUIERO QUE ÉL ME LO DEDIQUE. »

Á semejante invitación contesté volviendo á remitir el libro á usted, directamente á usted, y bajo faja certificada, por cierto, para que no pudiera decir que se había perdido también; y puesto que me pedía usted una dedicatoria, puse... la menor cantidad posible : « Al autor de *La Regenta*... En prueba de simpatía, *Aramis*. »

¡ La dedicatoria ! ¿ Qué demonios quería usted que le pusiera en la dedicatoria ? « Al eminente... » Ó bien : « Al egregio ». ¡ Vaya usted mucho con Dios !

« Al autor de *La Regenta* ». Usted es el autor (quitando lo que haya que quitar) de ese adefesio, y *La Regenta* era entonces y seguirá siendo hasta que salga la *Esperaindeo* (pero ¡ qué *catedrático* es usted para poner motes !), *Esperaindeo*, la única obra de usted... *in partibus*. Claro que tenía que referirme á ella, y claro también que, caso de creer que la tal *Regenta* merecía un duro, hubiera puesto en la dedicatoria « al buen autor » ó siquiera « al distinguido... »

Pero sigamos :

« En prueba de simpatía. »

Simpatía, ¿ por quién ? ¿ Por *La Regenta* ?... ¿ Por ese penco ?... Simpatía por usted, que tiene cara de *buenazo*, con el color « bueno » que decía Fígaro. Usted quiere hacer el diablo, un Han de Islandia, con unas entrañas más negras que la pez, y unos cuernos de media vara, y unos ojos que echan llamas... Pero no hay tal. Usted, que tiene *ángel*, es un *pobre* diablo de la cabeza á los pies, y no se come á nadie.

Recibió usted mi libraco ; pero no lo leyó, según dice, ni ha leído ninguna de mis obras ; sólo algunos articulejos que, de niño, publiqué en *El Solfeo*. Entonces, si no ha leído usted mis libros, ¿ cómo sabe que tengo ó dejo de tener ingenio ? ¡ Como no me lo haya conocido en el forro de los gabanes ! ¡ Ó como no crea usted que puede tomarle el pelo público, al

extremo de decir : « ¿ Ven ustedes ese caballero que me tiene medio loco á palos ? pues no tiene tanto así de ingenio. Yo no he leído sus libros. Pero aseguro que no tiene ingenio, *porque sí*, porque es mi enemigo. Y basta que yo diga que no lo tiene, y... cuidadito con contradecirme! »

*
*
*

¡ EGREGIO !...

Ahí tiene usted contestada, punto por punto, la parte *personal* de su folleto ; nada de hacer lo que usted, que trata de desfigurar los argumentos del adversario, y que se desentiende de ellos cuando no se los traga. Y cuenta que es mucho el sacrificio que hago con contestarle. Usted vive en Oviedo (¡ fastidiarse !), es decir, usted *no vive* ; yo vivo en París. París empequeñece los objetos y quita la vista ; Oviedo agranda la visión óptica y apabulla el cerebro, dándole esa *obtusidad de cuerno* que tan bien pinta usted, porque lo siente ; usted necesita matar el tiempo cazando moscas, como Calígula, ó como el *Quintanar* de su *Regenta* ; yo necesito el tiempo para divertirme. Estoy aburrido de todo, principiando por usted y siguiendo por mí mismo. Ahora me voy al *Edén* á ver... *Regentas* (¡ rabie usted, envidioso !).

Pero antes tengo que decirle una cosa.

Si usted quiere, podemos seguir *folleteándonos*, usted desde Oviedo, yo desde París, y continuar en-

viando folletitos á Madrid y dando *lata* á los madrileños... Si en lugar de folletos literarios, más ó menos personales, quiere usted un escándalo gordo, pero muy gordo, en donde salgan todos nuestros parientes y amigos — ¡ qué bien ! — adelante con los faroles. Yo no soy como usted, que empieza diciendo que no quiere nombrarme, y me endosa luego... *cincuenta* páginas de nutrida lectura ; que dice que no insulta, y echa sapos por ¡ la pluma. Yo nombro y mortifico, y muerdo, según los casos y las ocasiones.

Decía Salustio — perdone usted que cite un poco, aunque no soy catedrático — decía Salustio en su *Conjuración de Catilina*, que « ningún hombre puede hacerse temer de muchos, sin tener que temer de muchos » ; y yo entiendo á lo que me expongo con hacerme de enemigos.

¿ Quiere usted guerra ? Venga guerra. ¡ Pero nada de salir luego echándose un velo á la cara para pedirme misericordia en nombre « de la cena de sus hijos ! »

Hasta mañana, y que usted se alivie. — *Aramis*.

II.

HISTORIA RETROSPECTIVA.

Á principios de Abril del año 1887 — atención, es toda una historia — publiqué en *El Español* los ar-

ticulos « Novelista tontos » (primero, D. Leopoldo Alas, *alias* Clarín) y « Clarín folletista ».

Bramó D. Leopoldo; pero, colérico y todo, resolvió, en sus altos designios, que no me contestaría en los días de su vida. Ese Real decreto de S. M. la Reina madre de la crítica española me afligió profundamente.

« ¡Qué más quisiera él! » — exclamaba señalándome pudorosamente en el *Madrid Cómico* — « ¡qué más quisiera él! »

No, no merecía mi personita los honores de una tan alta contestación. Además, yo le resultaba « antipático » (adiós, Tú), « con mucha mala fe » y con cuanto malo echó Dios al mundo. ¡Todo por haberme atrevido con D. Leopoldo I el *Simpático*!...

Pasábase la vida *el bueno de Fermín* tragando maroma, cuando he aquí que, por haberlo consultado con la almohada quizá, decretó, como sabio que es, volver sobre su acuerdo y asustarnos con decir campanudamente en *La Monarquía* :

« Mi desdén quede para quien me acusa de plagiarío escribiendo lo siguiente : « En *El Diablo en Semana Santa* (véase *Solos de Clarín*) copia D. Leopoldo una bellísima página de Zola en *Pot-Bouille* »; y *Solos de Clarín* se publicó en 1881, y *Pot-Bouille* en 1882. »

Á lo que contesté yo, en el periódico *El Pueblo* :

« ¡Tate, tate, folloncico! Ya sabemos que *Pot-Bouille* se publicó en 1882. Sabemos más — ¡si presumirá ése de ser el único sabio de Grecia! — Sabemos que se publicó en abril de 1882. Pero mucho

tiempo antes se publicó en el folletín del *Gil Blas*, y muchísimo tiempo antes había dado á conocer algunos capítulos la prensa de París. Ahora, si el gran Zola ha plagiado á *Clarín*..., entonces no digo nada. Además, con ese solo de clarinete ó *chirimía* (que dijo Manuel del Palacio), ¿se contesta una acusación de innumerables plagios? ¿Que usted no quiere contestar?... ¡Pues no conteste usted! Ó conteste en el Juzgado francés, que allí le seguirán causa por esos robos literarios y otros que irán saliendo. Por ahora, conste que está usted procesado en el Juzgado de mi distrito; y yo, Juez en esta causa, no me digno discutir con el reo. »

Y D. Leopoldo... bufando en el *Madrid Cómico*, pero inofensivo como un borrego, aunque sea buena comparación. Con repetir que era mucha mi mala fe, y que me haría un retrato tan notable que al verlo dijera el público : « Ese es », pero *sin nombrarme* el fotógrafo, ya estaba despachado.

« ¡Ése, ése está huío!... » me dijo, señalando á Oviedo, uno de los más populares revisteros...

Yo no tenía nada que hacer y me ocupaba en dar « coba » á D. Leopoldo. He ahí el origen de nuestro « rozamiento literario ».

— Vamos á ver — me decía, con mis cuartillas en la mano y los pelos de punta, el director de *La Regencia* — vamos á ver, Bonafoux, ¿qué motivo hay para que en la revista de teatros ataque usted hoy á este señor?

— Ninguno — le respondía yo. — Es que me divierte.